

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN SU VISITA A LA CASA DE
ANDRES BELLO, EN CARACAS, VENEZUELA

CARACAS, 10 de Octubre de 1990.

Para un chileno y para un hombre de derecho, pocas ocasiones pueden estar más cargadas de significado y emoción que ésta de ser recibido y condecorado en la Casa de Bello. Realza esta significación el hecho de ser recibido por el señor Ministro de Educación de Venezuela, doctor Gustavo Roosen.

Carecería de sentido que mis palabras aquí reiteraran la biografía o describieran las innumerables facetas de la obra de Andrés Bello. Recorrer su etapa caraqueña, londinense y chilena; esbozar un perfil del Bello jurista, filósofo, poeta, filólogo, universitario, senador, funcionario; acompañar su recorrido de ciudadano de la República de las letras y de las ciencias, de las artes y de la política, es tarea que nos exigiría mucho tiempo.

Bello es una figura inconmensurable. Su rasgo más admirable es su universalidad. No puedo ocultar que siempre he sentido una admiración extraordinaria por esa capacidad tan excepcional de un hombre de darse tiempo para actuar silenciosa y eficazmente en tantos campos simultáneamente. La verdad es que la universalidad de Bello, de genialidad que concita una gran admiración, que yo he tenido por este gran caraqueño-chileno, desde mis años mozos, y que me ha llevado a tener el retrato de Bello en mi sala de despacho en la Presidencia de la República de Chile. Bello tiene una palabra especial y única para cada hombre de nuestro continente, de cualquier disciplina, de cualquier generación.

No puedo dejar de mencionar el hondo significado que ha tenido esa palabra en mi propia formación: la lectura de sus poemas que cantaban a América en la enseñanza secundaria; su sólida y maciza obra jurídica en mis años de estudiante de derecho; sus anotaciones al proyecto inédito de Código Civil que he utilizado en el ejercicio de mi profesión de abogado; su

Universidad, de la cual fui alumno y profesor; su labor legislativa, que conocí como miembro del Senado, y lo menciono como un ejemplo muy vívido de la cotidiana y permanente presencia de Bello en todos nosotros.

Su palabra habita no sólo en los libros, sino en la vida, no sólo en la historiografía, sino en la historia de nuestro continente.

Y si Bello fue para mí y para muchos chilenos una luz como hombre de derecho, cuánto más lo es hoy para mí como Presidente de la República de Chile, que él contribuyó a formar.

La influencia de Bello en lo que nosotros llamamos en Chile la Constitución....., que se atribuye fundamentalmente a la genialidad política de Portales, pero detrás de la cual estuvo, sin duda, el pensamiento macizo, la inspiración intelectual y profunda de Bello, que nos dio.... en América Latina en el siglo pasado, por haber logrado constituir una República que transitó por las vías del derecho, es un aporte insustituible de este gran hombre para la historia de nuestra Patria.

Por eso Chile nunca se cansará de agradecer al pueblo venezolano la presencia en su tierra de uno de sus hijos más amados.

El legado de Bello está en cada una de las disciplinas que él exploró y encuentra su síntesis en su visión global de América y de su lugar en la comunidad internacional y en la historia universal.

Como lo señalaba el Presidente Caldera, tal vez lo más importante de la obra de Bello es su superior equilibrio y su integral sabiduría.

En cierto sentido, Bello ha sido en nuestro continente el hombre más universal y el más contemporáneo de su tiempo. Sabemos bien que en su etapa inglesa Bello estuvo presente en la gestación de fenómenos filosóficos y científicos eminentemente modernos que marcaban las pautas del futuro. Pues de allí el destino lo llevó a la más lejana de las antiguas colonias españolas que, como el resto del continente, luchaba por organizarse como República. Era el difícil momento de darle forma y contenido a la libertad duramente conquistada.

Habría sido fácil para Bello mirar con escepticismo, sino con desdén, aquel mundo que nacía. Sin embargo, no sólo entregó de sí cuanto tenía, que era mucho, sino que, quizás como ningún otro, lo hizo con pasión y con realismo. Por eso Andrés Bello fue un gran

sabio. No sólo por la vastedad de su conocimiento, sino porque supo entregarlos al mundo real que lo necesitaba y se lo pedía.

Nuestro continente, lo sabemos, más de una vez ha navegado con desenfado por las rutas de la utopía, y en ciertos momentos, sus intelectuales y sus técnicos han puesto su pasión en diseñar la sociedad que quieren más que en comprender la sociedad que tienen.

Vivimos en estos tiempos la crisis de los grandes proyectos ideológicos y el renacer del hombre como persona humana. Esto significa relativizar el peso de las utopías, para avanzar hacia los grandes ideales con los pies en la tierra y sin olvidar las limitaciones que impone la realidad.

Bello es para este continente un ejemplo paradigmático de que el realismo y la sabiduría no son hijos de un prosaico pragmatismo ni menos del escepticismo, sino de la fe de los hombres, de que el amor a la Patria requiere perseverancia; de que nuestros sueños también requieren rigor.

Bello nos legó la misión de forjar una América unida que ocupase con dignidad su sitio en la comunidad de las naciones. Misión que hoy adquiere el carácter de imperativo histórico para enfrentar los enormes desafíos del siglo que se avecina: "Felices nosotros si conseguimos, en premio a nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo".

El legado de Bello es universal y americano.

Venezolanos y chilenos hemos tenido la honrosa tarea de ser sus más fieles guardianes, porque fuimos privilegiados con sus obras. Por ello quisiera en esta ocasión rendir un homenaje muy sincero a todos aquellos que han hecho posible la exitosa labor de la Casa de Bello.

Dentro de este contexto, constituye para mí un muy alto honor que me llena de satisfacción y me emociona recibir, de manos del señor Ministro de Educación, en nombre del Gobierno de Venezuela, el Gran Collar de la Orden de Bello, distinción que agradezco desde el fondo de mi corazón.

El Presidente Caldera ha señalado en una de sus obras que Bello encontró en Chile un "campo fecundo para mover su arado y echar y cultivar sus semillas".

Ello fue posible porque Chile levantó sus cimientos en el respeto al derecho y en el amor a la libertad. Esos fueron los valores que Bello contribuyó a afianzar en Chile y por los cuales

hizo de él su segunda Patria. Por algunos años, esos valores parecieron desvanecerse, pero hoy han renacido con toda su potencia y fecundidad.

Con emoción y orgullo puedo recibir este honor siendo Presidente de Chile por la voluntad libre y soberana de mi pueblo.

Chile ha vuelto a ser el país de siempre, aquel país que Bello amo y respetó. Aquel país que, junto a nuestra hermana Venezuela, ha vuelto a ser también la Casa de Bello.

Muchas gracias.

* * * * *

CARACAS, 10 de Octubre de 1990.
MLS/EMS.